



UNA NOCHE DE MADRID EN 1578

ROMANCE PRIMERO

TRES GALANES

En el pretil de palacio,
Cerca de una casa antigua,
Donde hoy estudia sus obras
Un esclarecido artista (1),

Van á cumplirse tres siglos
Que su palacio tenia
De Eboli el príncipe ilustre
Rodrigo Gomez de Silva.

Sus magníficos salones
Eran de la corte envidia,
Tanta riqueza y tal gusto
En ellos resplandecian.

Las más espléndidas telas,
Hasta aquel tiempo no vistas,
Que nuestras naves gloriosas
Transportaban de la China,

Adornaban sus paredes
Del friso hasta las cornisas,
Y eran en sus balconajes
Pabellones y cortinas.

(1) Don Vicente Lopez, primer pintor de cámara. Ya no existe la casa, y todo aquel sitio ha cambiado de aspecto.

Los portentos del Ticiano,
Y los que el arte proliza
De la béglica paciencia
Emula de aquél teja,

Escaleras, antesalas
Y corredores vestian,
Pareciendo sus figuras
Figuras de bulto y vivas.

Sobre ricos escritorios,
Cuyas puertas embutidas
De concha y nácar formaban
Un laberinto á la vista;

Y sobre mesas de mármol
De las sierras granadinas,
De mosaicos de alto precio,
De maderas exquisitas,

Juguetes de filigrana
Primorosos relucian,
Y búcaros olorosos
De las españolas Indias.

En aquel siglo en Europa
Iguales no conocian

Sus carrozas y caballos
Ya de tiro, ya de silla.

Y en joyas, galas y plumas,
Jarrones de oro y vajillas,
Los de un príncipe de Oriente
Sus repuestos parecian.

Pero el tesoro más grande
Que en aquel palacio habia,
Pasmo, prodigio y asombro
De la corte de Castilla,

Era el de la gran belleza,
El de la gracia expresiva,
El del claro entendimiento,
El de la alta gallardía

De la esposa de Rui-Gomez,
De la Princesa divina,
Diosa de aquel rico templo,
Sol de aquella esfera y vida.

Tres distintos personajes
A diversas horas iban
A rendirle obsequio ó culto,
A conquistar su sonrisa:

Ardiendo sus corazones,
Aunque de edades distintas,
En el delirante fuego
Que una beldad rara inspira.

Melancólico era el uno,
De edad cascada y marchita,
Macilento, enjuto, grave,
Rostro como de ictericia;

Ojos siniestros, que á veces
De una hiena parecian,
Otras vagos, indecisos,
Y de apagadas pupilas.

Hondas arrugas, señales
De meditacion continua,
Huellas de ardientes pasiones
Mostraba en frente y mejillas.

Y escaso y rojo cabello,
Y barba pobre y mezquina
Le daban á su semblante
Expresion rara y ambigua.

Era negro su vestido
De pulcritud hasta nimia,
Y en su pecho campeaba
Del Toison de Oro la insignia.

Era el otro recio, bajo,
De edad mediana, teñian
Sus facciones de la audacia
Las desagradables tintas.

Moreno, vivaces ojos,
Negros bigote y perilla,

Aladares y copete,
Boca grande, falsa risa:

Formando todo un conjunto
De inteligencia y malicia,
Con una expresion de aquellas
Que inquietan y mortifican.

Lujoso era su atavío,
Mas negligente, y tenian
No sé qué sus ademanes
De una finura postiza.

El último era el más j6ven,
De noble fisonomía,
Pálido, azules los ojos
Con languidez expresiva;

Castaño claro el cabello,
Alto, delgado, muy finos
Modales, y petimetre
Sin dijese ni fruslerías.

Ser un caballero ilustre,
De educacion escogida,
Cortés, moderado, afable,
Mostraba á primera vista.

El primero iba de noche
Desde que desaparecian
Los crepúsculos de ocaso
En las montañas vecinas,

Hasta que las altas torres
De la coronada villa
Recordaban los sufragios
De las ánimas benditas.

Por la mañana el segundo
Frecuentaba su visita,
Cuando no estaba en su casa
Rodrigo Gomez de Silva.

El tercero entraba en ella
Sin hora ni época fija,
Pero siempre que encontraba
Alguna ocasion propicia.

Y la gallarda Princesa,
La discreta, noble y linda,
¿Por quién de ellos?... Por ninguno;
Cual la estrella matutina

Era su alma pura, como
El sol su conciencia limpia...
Mas lo que pasa en el pecho
Sólo Dios lo sabe y mira.

Cuando la Princesa estaba
En la presencia aflictiva
Del primero, miedo helado
Por sus venas discurría.

En la del segundo, grave
Se mostraba y aún altiva,
Pero inquieta y recelosa
Midiendo sus frases mismas.

Y con el tercero estaba,
Aunque silenciosa, fina,
Y sin temor ni recelo,
Pero triste y discursiva.

El rey Felipe segundo,
A quien España se humilla,

ROMANCE SEGUNDO

LA MEDITACION

De Madrid el régio alcázar
Triste y mezquino era entónces,
Donde hoy el palacio nuevo
Ostenta su inmensa mole.

De ladrillo y berroqueña,
Y en cada esquina una torre,
Era albergue poco digno
De los Reyes españoles.

Ni el Arco ni la Armería
Cerraban la plaza, donde
Hoy se forma la parada
Para los régios honores;

Pues hasta el márgen del rio,
De ménos caudal que nombre,
Asperas cuestas mediaban
Entre viejos murallones.

Una tarde sosegada
De abril, cuando al horizonte
Entre dorados celajes
Y entre ligeros vapores

El claro sol descendía,
Dando lugar á la noche,
De quien los luceros daban
Ya en oriente resplandores;

Del tal ya olvidado alcázar,
En uno de los balcones,
Se descubria de léjos
Vestido de negro un hombre,

Que en la baranda apoyado,
Al occidente encaróse,
Gran rato permaneciendo
En una actitud inmóvil.

Era Felipe segundo,
Que de altas meditaciones
Políticas fatigado,
A respirar asomóse.

Es el galan misterioso
De las nocturnas visitas.

El segundo Antonio Perez,
Secretario que tenia
Del Rey estrecha privanza,
Cual brazo de sus intrigas.

Juan de Escobedo el tercero,
Amigo en quien deposita
El insigne don Juan de Austria
Sus secretos y su estima.

Y con los ojos siguiendo
Al sol ya poniente entónces
Varios pensamientos llenan
Su mente, en que cabe el orbe.

Lo primero que le ocurre
Es que el astro que se pone,
Aún ilumina radiante
A la lusitana corte.

A la cabeza del reino
Que la desventura enorme
De una expedicion guerrera,
Tan cristiana como noble,

Bajo su dominio ha puesto;
Y sagaz discurre sobre
Los medios de asegurarse
Diadema de tal renombre.

Tomando más largo vuelo
Su imaginacion veloce,
Salva los inmensos mares,
Y sigue al sol, que traspone

Para llevar luz y vida
A las ignotas regiones,
En que gloriosos ondean
Estandartes españoles:

Y al pensar que en cuantos climas
Visita el astro y recorre,
Vasallos suyos alumbra,
En su grandeza gozóse.

Pero tornando en sí mismo
El vuelo altivo recoge,
Y su vanidad se estrella
En siniestras reflexiones.

¡Qué ufanos su pobre brillo
Muestran vulgares señores!»

También aparta los ojos
Del Oriente, hallando donde
Quiera que los revolvia,
Desengaños ó temores.

Y de Evoli en el palacio,
Que estaba cerca, los pone,
Y sin intento los clava
En sus abiertos balcones.

Por ellos juzga que advierte
Dos bultos en los salones,
Uno blanco y de señora,
El otro oscuro y de hombre.

Y un agudo grito lanza,
Su rostro se descompone,
Y las tinieblas maldice
De la ya cerrada noche.

Los ojos baja, y á Perez
Viendo que se acerca, entróse
Cerrando el balcon maldito
Con recio y violento golpe.

ROMANCE TERCERO

EL SECRETO

Y donde á pocas personas
Se les permite la entrada,
A su secretario Perez
Felipe segundo aguarda,
Pues que llegó á conocerlo
Al atravesar la plaza.

A los muy pocos momentos
Cruje y se abre la mampara,
Y Perez entra en silencio,
Y mudo á su Rey acata.

Este afable lo recibe,
Que se le aproxime manda,
Y en conversacion secreta
Dijéronse estas palabras:

Rey.— Mi hermano don Juan (al cabo
Es bastardo y esto basta)
Con su ambicioso manejo
Va á precipitar á Holanda.

Secretar.— Su poder allí es temible.

R.— Yo, Perez, no temo nada;
Todos sus pasos vigilo,
Y sé cuanto piensa y habla.



En un oscuro aposento
Que solamente alumbraban
Las luces de dos bujías
En candeleros de plata,

Donde tiene su despacho
El augusto Rey de España,

S.—Vuestra comprension inmensa...
 R.—Y mi poder. Confianza
 Tiene en don Juan de Escobedo.
 S.—Es de sus planes el alma.
 R.—Recibe sus instrucciones.
 S.—Tambien recibe sus cartas.
 R.—Y en una cartera verde,
 Que jamás del seno aparta,
 Las lleva... Las necesito.
 S.—Pues no es cosa fácil... R.—Nada
 A mi poder es difícil.
 ¿Y juzgas, Perez, que trata
 Con la Princesa estas cosas?...
 Las discretas, ó son falsas...
 O se alucinan... S.—No creo
 Que una señora tan alta...
 R.—Y tan bella y entendida...
 Pero Escobedo en su casa
 Entra de oculto... Esta noche...»
 Siguió el Rey en voz tan baja
 Hablando á su secretario,
 Y con expresion tan vaga,
 Que adivinar no es posible
 Cuáles fueron sus palabras.

Palabras que escuchó Perez
 Con una zozobra extraña,
 Con el pecho palpitante,
 Y con la faz demudada.
 Y al callar el Rey, le dijo:
 «Vuestra Majestad lo manda,

ROMANCE CUARTO

LA CARTERA VERDE

En su magnífico estrado
 ¡Cuán gallarda, cuán hermosa
 Brilla la persona ilustre
 De doña Ana de Mendoza!
 De seis candelas de esperma
 Que un candelabro coronan,
 Do recorta y abrillanta
 La luz cinceladas hojas,
 Al resplandor aparecen
 Su tez de nieve y de rosa,
 De oro puro sus cabellos,
 Claros luceros sus joyas.
 Sentada en un taburete
 El brazo ebúrneo coloca
 En un velador cuadrado,
 Que cubre persiana estofa,

Y es para mí ley suprema
 Su voluntad soberana.
 »Mas señor... Si por escrito,
 Una órden vuestra firmada,
 O la firma solamente...
 Con sólo la firma basta.»
 Dió un paso atrás, furibundo,
 Al escucharlo, el monarca,
 Y lo fulmina y aterra
 Con dos ojos como brasas.
 Perez, que se abriera el suelo
 Quisiera, bajo sus plantas,
 Y que en aquel punto mismo
 Lo confundiera y tragara.
 Cuando de pronto Felipe
 Con una sonrisa amarga,
 Y el desprecio con que mira
 Un feroz tigre á una rata:
 «Dices bien (prorumpo), amigo:
 Toma, que la empresa es ardua...»
 Y escribiendo cuatro líneas
 En un papel, se lo alarga.
 Temblando lo toma Perez
 Y va á partir; mas le traba
 El brazo con mano dura,
 Más dura que unas tenazas,
 El Rey; en su helado rostro
 Ojos del infierno clava,
 Diciendo: «Secreto, y priesa,
 Y yo soy quien te lo encarga.»
 Marchó Perez, y Felipe
 Tomando el estoque y capa,
 Salió solo, y dirigióse
 De la Princesa á la casa.

Y en que matizadas flores
 Dan al ambiente su aroma,
 En vasos de porcelana
 De extraño barniz y forma.

Enfrente de la Princesa,
 En un sillón de caoba,
 De los primeros acaso
 Que se usaron en Europa,
 Está Felipe segundo,
 Procurando á toda costa
 De amable y franca dulzura
 Dar el aire á su persona.
 Y despues de varias frases
 De mera etiqueta todas,

Y de discretas razones,
 De cortesana lisonja:
 «Al anochecer (prorumpo),
 ¿Habeis tenido, señora,
 Alguna visita?» Y clava
 Los ojos cual de raposa
 En el pálido semblante
 De doña Ana de Mendoza,
 Que responde balbuciente:
 «No señor... he estado sola:
 Mi mayordomo un momento...»
 No dijo más, y á la boca
 Del Rey, que nada contesta,
 Sonrisa infernal asoma.

Tras de un rato de silencio,
 Que á doña Ana se le antoja
 Un siglo, se alza Felipe,
 Un laud templado toma,
 Y galan se lo presenta
 Diciendo: «Tened, señora,
 Dad vida al callado ambiente,
 Encadenad mi alma toda.»
 La Princesa obedeciendo,
 Las cuerdas pulsa sonoras,
 Y melancólicos tonos
 Sin concierto alguno brotan.

El Rey lento se pasea
 Por la estancia, dando poca
 Atencion á lo que escucha,
 Que otras ideas le acosan.
 Y aunque gran sosiego finge
 Es su inquietud bien notoria,
 Y que habla consigo mismo
 En su semblante se nota.
 La Princesa lo conoce
 Y trasuda y se acongoja,
 Pidiéndole á Dios de veras
 Que la visita sea corta.
 Al balcon el Rey se acerca
 Y lo abre inquieto, se asoma,
 Y se retira, y escucha,
 Y sin cerrarlo lo entorna.
 Entra la brisa en la sala,
 Agita las luces todas,
 Y á su undulacion parece
 Que todo se mueve y borra,
 Y que el aposento tiembla,
 Y que en fantásticas formas
 Los muebles y colgaduras
 Ya se alargan, ya se acortan.
 «Señor (dice la Princesa)
 ¿El viento, no os incomoda?

Está harto fresca la noche,
 Cuidad más vuestra persona.»
 Iba á responder Felipe,
 Cuando á las ánimas tocan
 Las campanas, y en la tierra
 Con gran devocion se postra.
 Lo mismo hace la Princesa,
 En silencio entrambos oran,
 Se santiguan y levantan,
 Y el Rey mudo á escuchar torna.

Se oye un rumor á lo léjos,
 Y como un grito: se azora
 La dama, y dice: «¿Qué suena?»
 Y el alma desecha y rota
 Va hácia el balcon. Mas Felipe
 Lo cierra de pronto, y ronca
 La voz: «Nada ha sido (dice)
 El rumor de alguna ronda.»
 De mármol queda doña Ana,
 El Rey clavado en la alfombra,
 Y todo en hondo silencio,
 Y en quietud la estancia toda.

Llega un paje, anuncia á Perez,
 Y entra Perez. Su persona
 Es más siniestra que nunca,
 Más descompuesta su ropa.
 Es su semblante de azufre,
 Entreabierta trae la boca,
 Y tiemblan sus miembros todos,
 Grande agitacion le agobia.
 Desconcertado, en secreto
 Dice al Rey palabras pocas,
 Y de terciopelo verde
 Le da una cartera. Toma
 La cartera el Rey, la mira
 Y en contemplarla se goza,
 Mostrando su faz el gusto
 Que en su corazon rebosa.
 Tambien la ilustre Princesa
 La mira y la mira ansiosa,
 La reconoce, y advierte
 De sangre en ella una gota;
 De sangre fresca, y de sangre
 Ve en la mano temblorosa
 De Perez alguna mancha,
 Y en sus puños y valona.
 Y da un profundo gemido,
 Su cabeza se trastorna,
 Y exánime y desmayada
 En un sillón se desploma.

ROMANCE QUINTO

EL CADÁVER. - EL FUGITIVO. - EL MUERTO

A la mañana siguiente,
 Cuando fué devoto pueblo
 A oír la misa del alba
 De Santa María al templo,
 En aquella corta calle,
 Más bien callejon estrecho,
 Que por detrás de la iglesia
 Sale frente á los Consejos,
 Se halló tendido un cadáver,
 De un lago de sangre en medio,
 Con dos heridas de daga
 En el costado y el pecho.
 Pronto fué reconocido
 Por el de Juan de Escobedo,
 Del insigne don Juan de Austria
 Secretario y camarero.
 Y como aún rico ostentaba
 La cadena de oro al cuello,
 Y magníficos diamantes
 En los puños y en los dedos,
 Que obra no fué de ladrones
 Se aseguró desde luégo;

El horrible asesinato
 Que á Madrid cubrió de duelo.

Fugitivo á pocos meses
 Antonio Perez, el reino
 De Aragon turbó con bandos
 Y desastrosos sucesos;
 Y condenado y proscrito,
 Pobre, aborrecido, enfermo,
 Murió en la mayor miseria
 En países extranjeros.

Y despues de algunos años,
 El rey Felipe ya viejo,
 Arrebatóle la muerte
 A dar cuenta al Sér supremo.
 Dónde se habrán encontrado
 Los tres, tan sólo saberlo
 Puede Dios, mas yo imagino
 Que habrá sido en el inferno.



EL CONDE DE VILLAMEDIANA

ROMANCE PRIMERO

LOS TOROS

Está en la plaza Mayor
 Todo Madrid celebrando
 Con un festejo los dias
 De su rey Felipe cuarto.

Este ocupa, con la reina
 Y los jefes de palacio,
 El regio balcon vestido
 De tapices y brocados.

En los otros, que hermocean
 Reposteros y damascos,
 Los grandes con sus señoras,
 Y los nobles cortesanos,

Ostentan soberbias galas,
 Terciopelos y penachos.
 Las damas y caballeros
 Llenan los segundos altos,
 Y de fiesta gran gentío
 Los barandales y andamios,
 Jardin do á impulso del viento
 Ondean colores varios.

Ante la Panadería,
 Del balcon del Rey debajo,
 Y de espalda á la barrera,
 En la arena del estadio,